

LA ORACIÓN PERSISTENTE

GUY M. RICHARD


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

BENDICIONES DE LA FE

Serie

Jason Helopoulos

Editor de la serie

La adoración reformada, por Jonty Rhodes

El bautismo pactual, por Jason Helopoulos

La oración persistente, por Guy M. Richard

La predicación expositiva, por David Strain

La teología reformada, por Jonathan Master

© 2024 por P&R Publishing

Traducido del libro *Persistent Prayer* © 2021 por Guy M. Richard, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas bíblicas identificadas como NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas identificadas como RVR60 han sido tomadas de la Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas, y se puede usar solamente bajo licencia.

Las letras cursivas dentro de las citas bíblicas son para añadir énfasis.

Traducción: Elizabeth Cantú Saldaña

Revisión: Stephanie Ann Michel

Maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves

Impreso en los Estados Unidos de América

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Richard, Guy M., author. | Cantú Saldaña, Elizabeth, translator.

Title: La oración persistente / Guy M. Richard.

Other titles: Persistent prayer. Spanish

Description: Phillipsburg, New Jersey : P&R Publishing, [2024] | Series:

Bendiciones de la fe | Translation of: Persistent prayer. | Includes

bibliographical references. | Summary: "Informative, encouraging, and

practical, this short book will serve as a helpful primer for pastors,

elders, study groups, and Christians who seek encouragement and

instruction on prayer and its blessings"-- Provided by publisher.

Identifiers: LCCN 2024014187 | ISBN 9798887790718 (paperback) | ISBN

9798887790725 (epub)

Subjects: LCSH: Prayer--Christianity.

Classification: LCC BV210.3 .R5318 2024 | DDC 248.3/2--dc23/eng/20240404 .

Para Tim Murr y Al Chestnut,
mis colegas ancianos y fieles hermanos en Cristo
de la Presbyterian Church in America, quienes me han
animado y me han puesto un ejemplo de cómo orar con
denuedo y con todo el corazón. Estoy agradecido por su
influencia en mi vida.

CONTENIDO

Prólogo por Kevin DeYoung	9
Introducción: La bendición de la oración	13
1. La naturaleza de la oración	19
2. La oración funciona	41
3. La oración es necesaria	65
4. Creciendo en la oración	83
Preguntas y respuestas acerca de la oración	93
Recursos recomendados	133
Notas	135

PRÓLOGO

Se ha dicho a menudo —a veces con sentido de humor y a veces en tono molesto— que a las iglesias presbiterianas y reformadas les encanta hacer todo «decentemente y con orden». Puedo entender tanto el humor como la frustración que subyacen a este sentimiento. Nos encantan nuestros planes, nuestras actas de reunión, nuestras cortes y nuestros comités. Los presbiterianos y los reformados han llegado a nombrar comités solo para supervisar otros comités (lo que me recuerda al viejo titular del periódico satírico *The Onion* que anunció: «Se abre nuevo Starbucks en el baño de un Starbucks»). Nos encanta hacer las cosas con tanta decencia que esperamos que los oficiales de nuestras iglesias conozcan tres cosas: la Biblia, nuestras confesiones y un libro que contenga en su título la palabra «orden».

Sin embargo, antes de que sacudamos la cabeza en incredulidad ante aquellos sujetos ultra reformados (médico, cúrate a ti mismo), debemos recordar que antes de que la frase «decentemente y con orden» fuera una

preferencia presbiteriana, fue un mandamiento bíblico (ver 1 Co 14:40). La instrucción de Pablo a la iglesia de que debe distinguirse por compostura, decoro y de que debe tener un comportamiento ordenado similar al de filas de soldados, es una conclusión adecuada para una porción de las Escrituras que trata con la confusión de género, la confusión en la mesa del Señor, la confusión respecto a los dones espirituales, la confusión en el cuerpo de Cristo y la confusión en el culto público. La frase «decentemente y con orden» suena bastante bien si la comparamos con el desastre que prevalecía en Corinto.

Una crítica frecuente contra los cristianos presbiterianos y reformados es que, aunque su mente es excelente, su corazón es deficiente. Somos los estoicos sin emociones, los monumentos invariables, los inmóviles escogidos de Dios. Tales insultos velados, sin embargo, no hubieran impresionado al apóstol Pablo porque él sabía que lo opuesto al orden en la iglesia no es la espontaneidad que fluye sin cesar, sino el caos egocéntrico. Dios jamás exalta la confusión por encima de la paz (ver 1 Co 14:33). Él nunca pone en competencia ni a la teología contra la doxología ni a la mente contra el corazón. David Garland lo dijo de esta forma tan memorable: «El Espíritu de ardor también es el Espíritu de orden».¹

Cuando Jason Helopoulos me pidió que escribiera un prólogo para esta serie, accedí con gusto, no solo porque Jason es uno de mis mejores amigos (o porque ambos seamos fanáticos de los desafortunados Chicago

Bears), sino porque estos tomos cuidadosos, balanceados y bien argumentados ocuparán un lugar de importancia en las estanterías de las iglesias presbiterianas y reformadas. Necesitamos libros breves y accesibles escritos por pastores concienzudos y experimentados, dirigidos a los miembros comunes, que traten los elementos fundamentales de la vida y el ministerio en la iglesia. Eso es lo que necesitamos, y eso es lo que esta serie ofrece: respuestas sabias a muchas de las preguntas más prácticas y urgentes de la Iglesia.

Esta serie de libros sobre la teología, la adoración y los sistemas de gobierno presbiterianos y reformados no es una exploración sobre 1 Corintios 14:40 en múltiples tomos, pero me agrada que esté audazmente escrita con este mandamiento de Pablo en mente. La realidad es que todas las iglesias adoran de alguna manera, oran de alguna manera, son dirigidas de alguna manera, están estructuradas de alguna manera y cumplen con el bautismo y con la Cena del Señor de alguna manera. Toda iglesia pone por obra algún tipo de teología, incluso si esa teología se basa en el pragmatismo en lugar de principios bíblicos. ¿Por qué no querríamos que la vida que compartimos en la iglesia esté moldeada por las mejores reflexiones exegéticas, teológicas e históricas? ¿Por qué no querríamos ser considerados en lugar de desconsiderados? ¿Por qué no querríamos que todas las facetas de la vida que vivimos en comunidad se hagan decentemente y con orden? Ese no es el estilo de vida presbiteriano ni reformado. Es

el estilo de vida de Dios, y los creyentes presbiterianos y reformados harían bien en recordarlo.

Kevin DeYoung
Pastor principal, Christ Covenant Church
Matthews, Carolina del Norte

Introducción

LA BENDICIÓN DE LA ORACIÓN

Hace dieciséis años, experimenté algo que me obligó a considerar la oración y mi práctica de ella con mucho más cuidado que antes. Ese algo fue el huracán Katrina. La destrucción y el trastorno que ocasionó nos obligó a mí, y a muchos a mi alrededor, a dedicarnos a la oración como nunca antes.

En agosto del 2005, unos dos meses después de que acepté el llamado a servir como pastor de la First Presbyterian Church en Gulfport, Mississippi, y unos dos meses antes de mi fecha planeada para llegar y empezar oficialmente en mi puesto, el huracán Katrina destruyó por completo los edificios de la iglesia y los hogares de casi sesenta familias de la congregación. Casi todos los que vivían en la costa del golfo del río Mississippi se vieron afectados por la tormenta: algunos perdieron sus casas, algunos perdieron sus negocios, algunos perdieron sus iglesias y algunos perdieron las tres cosas. La devastación fue absolutamente increíble. Quedará grabada en

mi memoria por el resto de mi vida. El área entera parecía una zona de guerra. Lo que quedaba de las casas y las posesiones de la gente estaba esparcido por todos lados, hasta donde alcanzaba la vista. Cráteres enormes estaban tan dispersos por toda la carretera alemana a la playa que parecía que todo el lugar había sido bombardeado. Unas treinta familias de la iglesia no tenían más que los cimientos de sus casas. Otras treinta familias tenían casas que seguían intactas pero que habían sido dañadas por inundaciones de dos a cuatro metros que duraron muchos días en el atroz calor del verano.

Como un recién graduado del seminario, quien todavía no había sido ordenado, yo no tenía ni la más remota idea de qué hacer en esta situación. Si hubo alguna clase del seminario acerca de cómo liderar una iglesia que había experimentado tal clase de devastación, obviamente me la había perdido. Todo lo que sucedía me sobrepasaba, y yo lo sabía.

Mirando atrás en la actualidad, veo que toda la situación fue una severa misericordia del Señor de muchas maneras. Me enseñó importantes lecciones acerca de mí mismo, acerca del ministerio y acerca de la iglesia. Pero, lo que es más importante, me obligó a orar. Los ancianos de la iglesia llamaron a la congregación a unirse a nosotros en ayuno y oración. Le rogamos al Señor que escuchara nuestras oraciones y nos diera la sabiduría, la provisión económica, la capacidad y la paz y la unidad que necesitábamos para salir adelante. ¿Y sabe? El Señor proveyó.

Él contestó nuestras oraciones, en muchas ocasiones de manera visible delante de todos. Fue, sin duda, un hito en la vida de la congregación. De muchas maneras, también fue un hito en mi vida.

Mucho del material de este libro es el fruto de esos primeros años después del huracán. Mi esperanza es que sea de ayuda para cada lector que lo abra. Mi esperanza es que nos enseñe más acerca de la oración. Pero lo que en verdad quiero es que nos anime y nos motive a entregarnos más completamente a la práctica de la oración. El huracán me ayudó a ver que la oración es una gran bendición para la vida cristiana, así como la importancia de que oremos con persistencia. Es mi deseo que este libro haga lo mismo por ti.

¿De qué manera la oración es una bendición?

En el tiempo que siguió al paso del huracán Katrina, Dios contestaba continuamente las oraciones de nuestra congregación de formas muy visibles. Una y otra vez, surgían necesidades que nosotros no podíamos suplir, y no teníamos a nadie más a quien acudir en busca de ayuda. Así que oramos, a menudo con mucha desesperación, y vimos a Dios contestar una y otra vez de maneras que claramente demostraban que Él nos estaba proveyendo.

Esa es una de las más grandes bendiciones de la oración. Tú y yo podemos ver a Dios obrando, y cuando lo hacemos, nuestra fe se fortalece y aumenta nuestra

decisión de orar. Claro que Dios no necesita nuestras oraciones. Como el Dios soberano del universo, Él puede hacer todas las cosas en todo tiempo por sí mismo. Pero Él se rebaja a usar nuestras oraciones como el medio de cumplir Sus propósitos perfectos. Tú y yo, por lo tanto, tenemos el extraordinario privilegio de ser colaboradores con el Dios del universo cuando oramos. Y esa es, sin duda, una bendición.

La oración, sin embargo, es una bendición no solo porque fortalece nuestra fe cuando vemos que Dios nos responde y porque derrama sobre nosotros el maravilloso privilegio de ser Sus colaboradores, sino porque nos da un recurso para los tiempos de tribulación. Joseph Scriven ha capturado esta idea de forma maravillosa en las palabras de su conocido himno «Oh, qué amigo nos es Cristo»:

¡Oh qué amigo nos es Cristo!
él llevó nuestro dolor;
Él nos manda que llevemos
todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto
de paz, gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos
todo a Dios en oración.

¿Andes débil y cargado
de cuidados y temor?

A Jesús, refugio eterno,
dile todo en oración.¹

En medio de la destrucción causada por el huracán Katrina, nos dimos cuenta en una forma nueva y fresca que teníamos acceso a Alguien que en efecto podía hacer algo para ayudarnos, Alguien que no solo tiene todo el poder y toda la autoridad, sino que también está lleno de gracia y compasión hacia nosotros, alguien que nos ama y está a nuestro favor por siempre en Cristo. Esta también es una grandiosa bendición, y le pertenece a cada cristiano en y a través de la oración.

La importancia de la oración

Incluso los cristianos más maduros batallan con la oración en ocasiones. Nos olvidamos de la bendición que nos provee. Perdemos de vista su importancia. Permitimos que las cosas urgentes desplacen de nuestras vidas las cosas importantes como la oración... hasta que una tormenta o una situación difícil llega a nuestra experiencia y reorganiza nuestras prioridades.

El huracán Katrina tuvo ese efecto en mi vida y en las vidas de muchos cristianos que vivían en la costa del Golfo de Mississippi en esa época. De pronto, nuestro mundo se puso de cabeza. Se nos arrebató todo. Las necesidades básicas, como el alimento y el agua, se convirtieron en nuestras necesidades más imperiosas. Ya no

podíamos subir a nuestro auto para una visita rápida a la tienda de comestibles más cercana porque no teníamos gasolina para manejar (se convirtió en un bien tan precioso como el oro), y, incluso si la teníamos, ninguna tienda estaba abierta. Lo único que teníamos era la oración. Ahora parece extraño decir eso. La oración, hablando teológicamente, nunca es un último recurso para los cristianos. Pero, en la experiencia, a menudo lo es en nuestra práctica cotidiana.

El huracán me recordó a mí, y a muchos otros, cuán crucial es la oración en la vida cristiana. Nos demostró que la oración es indispensable por lo que es, por lo que hace y por lo necesaria que es en la vida cristiana. En un esfuerzo por motivar a los creyentes a entregarnos a la oración persistente, este libro dedicará un capítulo a discutir cada uno de estos factores. ¿Por qué debemos orar? Lo invito a acompañarme en la búsqueda de la respuesta a esta pregunta.

LA NATURALEZA DE LA ORACIÓN

Me encanta el ejercicio. Aquellos que me conocen bien saben que esto es verdad. Pero he aprendido, a través de los años, que mi definición de lo que es el ejercicio difiere de la que tiene la mayoría de la gente. Para mí, el ejercicio implica la mayor cantidad de dolor posible. Yo disfruto el dolor, o, para ser más exactos, disfruto el desafío de no sucumbir a él y de obligarme a mí mismo a ir más rápido, más duro o más lejos de lo que pensé que podría. Tengo varios amigos cercanos, sin embargo, que consideran lo que acabo de describir como tortura y no tanto como ejercicio y, dada esa opinión, no pueden entender por qué alguien en su sano juicio querría someterse a tal tratamiento con regularidad. Todos mis amigos reconocen que el ejercicio ofrece grandes beneficios para aquellos que lo practican, pero cuando se entiende como yo lo he definido, no solo no quieren nada que ver con eso, sino que además cuestionan mi cordura por invertir mi tiempo y energía en él.

El cómo definimos algo está estrechamente ligado a nuestro entendimiento de por qué (o por qué no) debemos hacerlo. Esto es cierto del ejercicio, y también es cierto de la oración. Si consideramos a la oración una simple conversación con Dios, es probable que batallamos más con la idea de por qué debemos hacerlo que si la consideramos algo tan esencial como comer o respirar. Nadie nos tiene que decir que comamos o respiremos. Sabemos que estas actividades son esenciales para vivir. Estoy convencido de que cuando entendamos qué es la oración, veremos mejor por qué debemos entregarnos a ella de todo corazón.

Encontrando una definición para la oración

El Catecismo menor de Westminster define la oración como «la presentación de nuestros deseos ante Dios», y entonces añade varias frases que califican la clase de «deseos» que debemos «presentar»: «por aquellas cosas que están de acuerdo con su voluntad, en el nombre de Cristo, incluyendo la confesión de nuestros pecados, y un grato reconocimiento de sus misericordias».¹ Si tomamos esa definición por su valor nominal, podemos quedarnos con la idea que la oración simplemente es pedirle cosas a Dios («la presentación de nuestros deseos ante Dios»). Pero esto no fue en lo más mínimo la intención de los autores del Catecismo menor. Lo sabemos por las citas bíblicas que añadieron para apoyar y confirmar su

aseveración: Salmo 62:8,² el cual dice: «Confíen en Él en todo tiempo, Oh pueblo; *derramen su corazón delante de Él*; Dios es nuestro refugio».

De todos los pasajes que los escritores del catecismo pudieron haber escogido para demostrar que la oración es «la presentación de nuestros deseos ante Dios», ¿por qué eligieron uno que habla de derramar nuestros corazones? ¿Por qué no escogieron Apocalipsis 5:8, el cual compara «las oraciones de los santos» con «copas de oro llenas de incienso»? Eso sin duda parece capturar mejor que el Salmo 62:8 la idea de la oración como una ofrenda. ¿Por qué no Juan 16:23-24, Filipenses 4:6 o 1 Juan 5:15, los cuales se refieren a la oración en términos de peticiones que presentamos delante de Dios? Esos pasajes parecerían ser más adecuados para demostrar que la oración es «la presentación de nuestros deseos ante Dios». ¿Por qué el texto de Salmos 62:8?

Creo que los eruditos escogieron el texto de Salmos 62:8 porque consideraban que la oración es mucho más que solo hacerle peticiones a Dios. Este versículo de prueba nos dice que los autores del Catecismo menor consideraban que la oración era principalmente derramar nuestros corazones delante de Dios. La palabra que a menudo se ha usado para comunicar esta idea es *implorar*.³ Le imploramos a Dios en oración cuando derramamos nuestros corazones delante de Él. Le imploramos con encarecimiento que nos escuche y nos responda desde el cielo. Lo hacemos no solo con nuestras palabras,

sino con todos nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Eso es lo que los autores del Catecismo menor quisieron decir cuando definieron la oración como «la presentación de nuestros deseos ante Dios». El texto de apoyo que eligieron nos lo deja claro.

Los salmos a menudo hablan de la oración en términos similares. Por eso leemos que los salmistas «clamaban» al Señor, «levantaban sus almas» a Él, le «llamaban» y le «rogaban» por misericordia y gracia (vea Sal 17; 86; 102; 142: todos esos salmos se titulan explícitamente como oraciones). Además, a menudo usan las palabras *oración* y *ruego* indistintamente, indicando así que se solapan bastante, si no es que son sinónimos (Sal 6:9; 86:6; 142:1-2; 143:1). Aun cuando los salmistas no están orando explícitamente, aun así se dirigen al Señor en términos que reflejan que están derramando sus corazones delante de Él. Aquí estoy pensando en particular en pasajes como Salmo 9:1-2, en el cual David derrama su corazón en adoración y gratitud al Señor.

Daré gracias al SEÑOR con todo mi corazón;
Todas Tus maravillas contaré.
En Ti me alegraré y me regocijaré;
Cantaré alabanzas a Tu nombre, oh Altísimo.

Aparte de estos salmos, otros pasajes de las Escrituras sugieren que la oración es una súplica al Señor que viene de lo más profundo del alma. Ana, en 1 Samuel 1,

se describe diciendo: «he derramado mi alma delante del Señor» (v. 15). Salomón, en su oración de dedicación del templo recién construido, utiliza repetidamente las palabras *oración* y *plegaria* indistintamente (vea 1 R 8:28, 30, 33, 38, 44-45, 47-49, 54). Además, en el Nuevo Testamento, vemos que se presenta la oración como rogar en pasajes como Mateo 9:38, Lucas 22:31-32 y Hechos 4:31. En todos ellos se usa una palabra para la oración (del griego *deomai*) que se traduce más a menudo como «suplicar» o «implorar» y que, en la mayoría de los casos, incluye explícitamente una intensidad que viene del corazón.⁴

La referencia más obvia del Nuevo Testamento para considerar que la oración es un ruego, sin embargo, viene de la enseñanza de Jesús acerca de la oración en Lucas 11:5-10. En ese pasaje, Jesús da un ejemplo de un hombre que no tiene nada de comida que ofrecerle a un amigo que llegó a visitarlo de otra ciudad. Aunque ya es la medianoche, el hombre se atreve a salir y pedir prestado algo de comer para su amigo.⁵ Impulsado por la desesperación, no solo «manifiesta a Dios sus deseos» de forma clínica. No le pide comida a su vecino como si no fuera la gran cosa. Él pide, busca, llama y sigue persistiendo hasta que recibe lo que necesita con tanta urgencia (en los versículos 9-10, observe que el Señor usa el tiempo presente en cada caso, indicando una acción continua). El Señor de tal manera nos enseña que la oración es una súplica motivada por una necesidad que no podemos

suplir nosotros mismos y que estamos desesperados por que Dios nos la supla. Es esta clase de oración desesperada de lo profundo del corazón la que Jesús dice que Dios contestará (vv. 8-10), un asunto que retomaremos en el siguiente capítulo.

La oración es obra del corazón

Si la oración consiste en derramar nuestros corazones delante de Dios, entonces podemos ver de inmediato por qué debemos practicarla. Debemos realizarla precisamente *porque* involucra a nuestros corazones. La Biblia en todas partes nos enseña que Dios está interesado principalmente en las cuestiones del corazón (vea Gn 6:5; 1 S 16:7; Mt 6:21; 12:34; Hch 15:8). Esto es cierto en especial en cuanto a la vida cristiana. No sólo se nos dice que el «grande y primer mandamiento» es amar al Señor nuestro Dios con todos nuestros corazones (Mt 22:37-38), sino que también vemos que, si hacemos cualquier cosa en la vida cristiana sin involucrar a nuestros corazones, entonces lo hacemos en vano y somos culpables de la misma clase de hipocresía que Jesús criticó en los escribas y fariseos en Mateo 15:7-9.

Por lo tanto, al decir que la oración es rogar estamos simplemente transmitiendo que es una expresión de la vida cristiana. Cuando oramos, participamos de una obra del corazón: tenemos comunión con el Señor, y experimentamos una intimidad real con el Dios del universo. Sin

duda, esta es la razón principal por la cual nuestro Señor y Salvador pasó tanto tiempo en oración durante Su ministerio terrenal. No fue porque tuviera muchas peticiones que presentar delante de Dios. Fue porque estaba participando de una obra del corazón con Su Padre celestial, disfrutando de largas temporadas de comunión íntima con Él. Eso es precisamente lo que debe significar la oración para nosotros.

La oración es el pegamento de la relación

Como pastor, he tenido el privilegio de realizar muchas consejerías matrimoniales a lo largo de los años. En cada situación en que las parejas han acudido a mí en busca de ayuda, he descubierto que casi no ha habido intimidad entre ellos por algún tiempo antes de venir a verme. ¡Y les sorprende que están teniendo problemas! La intimidad en el matrimonio es el pegamento de la relación. Mantiene unidas a las parejas. Nos da más capacidad para lidiar con el conflicto y los desacuerdos que no podemos evitar.

Así es la oración en la vida cristiana. Es el pegamento de la relación. Une más y más nuestros corazones al Señor y nos mantiene apegados a Él con más firmeza. El pastor puritano escocés Samuel Rutherford una vez dijo que, cuando oramos, nuestra fe besa a Cristo, y Él besa nuestras almas.⁶ Aunque evitemos tal lenguaje hoy en día, haríamos bien en escuchar la idea de Rutherford, la cual es que la oración es intimidad con Cristo. Sin duda esa es una de

las razones por las que tantas personas de la comunidad reformada han llamado a la oración un medio de gracia. Cuando se hace correctamente, fortalece la relación entre el cristiano y el Señor Jesucristo.

Considerar así la oración se confirma aún más por las palabras de Pablo en 1 Corintios 7:5, donde el apóstol exhorta a las parejas casadas así: «No se priven el uno del otro, excepto de común acuerdo y por cierto tiempo, para dedicarse a la oración». Según Pablo, solo una cosa puede evitar que el esposo y la esposa busquen la intimidad el uno con el otro, y es buscar la intimidad con Dios en oración. Dada la prioridad que tiene nuestra relación con Dios sobre cualquier otra relación (vea Mt 22:37-39) y el hecho de que la oración involucra derramar nuestros corazones delante del Señor, es de esperar que Pablo dijera esto. La intimidad de la oración es aún más importante que la intimidad del matrimonio.

La oración involucra un sentido de nuestra necesidad

Así como la necesidad del hombre de obtener comida en Lucas 11:5-10 lo impulsó a pedir, buscar y llamar, así nuestras necesidades personales deberían impulsarnos a hacer lo mismo. Sin un sentido de necesidad, tendemos a orar en una forma más formal. No derramamos nuestros corazones delante del Señor porque no estamos *realmente* convencidos de que debemos obtener aquello por lo que

oramos. Pero cuando estamos en problemas, cuando las dificultades o los desastres vienen a nuestras vidas, entonces sí tendemos a pedirle al Señor con gran fervor porque entonces entendemos que tenemos una necesidad real que no podemos suplir por cuenta propia.

Parte de la razón por la cual nos cuesta trabajo reconocer la necesidad en nuestras vidas podría ser que muchos de nosotros no estamos dando pasos de fe y tomando riesgos por el Señor. Sé por lo menos que es cierto de mí. Cuantos más proyectos y oportunidades emprendo en el ministerio que están mucho más allá de mis capacidades y recursos, más me veo forzado a orar y a depender de la ayuda de Dios. Cuanto más me arriesgo por la fe y trato de hacer grandes cosas para el Señor, más me veo impulsado a suplicarle en oración porque sé que estoy condenado al fracaso si no lo hago.

Después del huracán Katrina, muy pronto me di cuenta de que nuestra iglesia debía fundar una especie de ministerio de reconstrucción para ayudar a nuestros propios miembros y después a la comunidad a nuestro alrededor a volver a sus hogares. Carecíamos no solo del conocimiento de construcción para llevar a cabo esta clase de proyecto, sino también de los fondos para realizarlo. Sabíamos que necesitábamos que el Señor nos proveyera en gran manera, y nuestra necesidad nos obligó a hacer más que sólo pedir; nos forzó a derramar nuestros corazones delante del Señor y rogarle encarecidamente que nos ayudara.

La oración también puede requerir preparación

Puesto que la oración implica derramar nuestros corazones delante de Dios, es posible que tengamos que preparar nuestros corazones antes de orar. Hay veces en que nuestras circunstancias proveen toda la preparación necesaria. Cuando la vida de alguien que amamos se encuentra pendiendo de un hilo ante la muerte, o cuando perdemos nuestro empleo y estamos batallando para llegar a fin de mes, es probable que no nos haga falta mucho más para prepararnos para derramar nuestros corazones. En tales épocas, estamos demasiado conscientes de nuestra necesidad de que el Señor intervenga, y estamos desesperados por que Él lo haga. Pero cuando nuestros días son más placenteros y no estamos tan conscientes de nuestra necesidad, nos cuesta trabajo derramar nuestros corazones. Si no nos preparamos primero, nos enfriamos delante del Señor y lo más seguro es que nuestras oraciones reflejen esa frialdad. Esta puede ser una razón por la cual mucho de nosotros bostezamos o nos quedamos dormidos en medio de nuestras oraciones. No hemos preparado nuestros corazones de antemano.

En mi propia experiencia, siento como si una ligera capa de hielo se formara sobre mi corazón de la noche a la mañana. Yo tengo que romper esa delgada capa de hielo cada día antes de poder pasar tiempo en oración con el Señor. Para hacerlo, he descubierto que debo meditar

profundamente en un pasaje particular de las Escrituras o leer o escuchar algo que despierte mi corazón y me recuerde lo que estoy a punto de hacer. También me ha ayudado hacer una pausa de varios minutos antes de orar para recordarme que estoy entrando en la presencia del Dios del universo, quien me ama y dio a Su Hijo por mí.

La preparación del corazón es importante en especial para aquellos que oran a menudo en presencia de otros. Richard Baxter exhorta a aquellos que predicán, enseñan u oran frente a otros (lo cual, por cierto, es algo que la mayoría de nosotros haremos en algún punto de nuestras vidas) a que procuren avivar sus corazones de antemano porque, si no lo hacemos, la frialdad de nuestros propios corazones se reflejará en los corazones de nuestros oyentes. Baxter nos anima a leer algún «libro inspirador y estimulante, o meditar en el peso del tema del que vas a hablar y en la gran necesidad de las almas de tu pueblo» para que todos se sientan animados por el fuego que se ha reavivado en nuestros corazones.⁷

Rogando por nuestra necesidad

Si la oración en verdad requiere que derramemos nuestros corazones delante de Dios de una manera que esté motivada por nuestra consciencia de nuestra necesidad, esto significa que nuestras oraciones, por lo tanto, también procurarán ser tan persuasivas como sea posible. No pretendo sugerir que tratemos de torcer el brazo

de Dios para que haga algo que Él no ha querido hacer (como si eso fuera posible). Pero si en verdad estamos derramando nuestros corazones delante de Dios, querremos ser tan persuasivos como podamos, ¿no? Cuando le suplicamos algo al Señor, como buenos abogados, presentamos de la mejor manera nuestro caso delante de Él:

Esto es lo que hace Abraham en Génesis 18:22-33, cuando él intercede a favor de Sodoma. Él juega el papel de un buen abogado y argumenta a favor de su caso delante del Señor. Su evidencia, la cual está basada en la justicia del Señor, es que no es correcto que Dios haga «matar al justo con el impío» (v. 25). Abraham insiste en su argumento hasta que Dios accede a no destruir a la impía ciudad de Sodoma si tan solo se encuentran diez personas justas en la ciudad.

Moisés hace algo similar en Éxodo 32:11-14, después del incidente con el becerro de oro. Él «suplicó ante el SEÑOR su Dios» (v. 11) que tuviera misericordia del pueblo de Israel, y su plegaria se expresa por medio de dos argumentos. Primero, Moisés argumenta que si Dios destruye al pueblo de Israel, los egipcios tendrán justa razón de impugnar el carácter de Dios. Ellos dirán: «Con malas intenciones los ha sacado, para matarlos en los montes y para exterminarlos de la superficie de la tierra» (v. 12). Segundo, Moisés argumenta que ya que Dios ha jurado por sí mismo y les ha dicho a Abraham, Isaac y Jacob: «Yo multiplicaré la descendencia de ustedes como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de la cual

he hablado, daré a sus descendientes, y ellos la heredarán para siempre» (v. 13), Él, por lo tanto, debe tener misericordia de los israelitas y no destruirlos.

David hace lo mismo en Salmo 30:8-10, entre otros lugares. Su «súplica» pidiendo que Dios tenga misericordia de él se basaba en el argumento de que Dios recibía mayor gloria de su vida que de su muerte:

A Ti, oh SEÑOR, clamé,
Y al Señor dirigí mi súplica:
«¿Qué provecho hay en mi sangre si desciendo
al sepulcro?
¿Acaso te alabaré el polvo? ¿Anunciará Tu fidelidad?
»Escucha, oh SEÑOR, y ten piedad de mí;
Oh SEÑOR, sé Tú mi ayuda».

Dicho eso, puede ser que Josafat nos dé el mejor ejemplo de todos con la gran oración que eleva en 2 Crónicas 20:5-12. Con los moabitas, amonitas y los enemigos del monte de Seir frente a ellos, preparándose para combatir contra pueblo de Dios (vv. 1-2), Josafat decreta un ayuno por toda la tierra de Judá, acude al templo del Señor y ora. Su oración gira alrededor de tres preguntas: «¿No eres Tú...?» (v. 6), «¿No fuiste Tú [...] el que echaste» (vv. 7-11) y «¿no los juzgarás?» (v. 12). Josafat comienza a pedir misericordia mencionando el carácter mismo de Dios: ¿No eres el Dios soberano del universo,

aquel que es capaz de hacer lo que le plazca y «no hay quien pueda resistirte» (v. 6)? Josafat después hizo una lista de las formas en que Dios ha obrado en el pasado para proveerle salvación a Su pueblo y luchar por él. Josafat concluye apelando a que Dios lo haga de nuevo en la crisis actual con los enemigos moabitas, amonitas y de Seir. Al final, Josafat reconoce que Dios puede no aceptar su argumento y puede no contestar su oración. Él ora y él espera ver qué hará el Señor: «no sabemos qué hacer; pero nuestros ojos están vueltos hacia Ti» (v. 12).

El presentar un argumento a Dios no va a torcer Su brazo, y tampoco le dará información que Él haya pasado por alto o de la cual no haya estado consciente hasta que nosotros se la presentáramos en oración. Sin embargo, lo que *sí* es obligarnos a razonar lo que estamos pidiendo y por qué. Nos obliga a considerar por qué Dios contestaría nuestras oraciones, alineándonos así más con Su carácter y Su voluntad. En otras palabras, orar de esta manera nos cambia a nosotros. Nos ayuda a «pensar basándonos en los pensamientos de Dios».⁸ Nos ayuda a apropiarnos de Su voluntad y Sus deseos.

Un buen ejemplo de esto se encuentra en la vida de Moisés. Después de exponer su argumento ante el Señor en Éxodo 32:11-14, Moisés intercede por el pueblo de nuevo y hasta le pide a Dios que lo castigue a él en vez de al pueblo de Israel: «perdona su pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito» (v. 32). Aunque el Señor nos dice explícitamente que no es Su voluntad perdonar al

pueblo que pecó contra Él (vea vv. 33-34) —y, por lo tanto, podemos preguntarnos cómo ha cambiado a Moisés su plegaria para «pensar basándose en los pensamientos de Dios»— aun así es evidente que Moisés ha sido cambiado. Su plegaria, cuando menos, lo ha alineado más con el carácter de Dios, porque Él presenta, en el versículo 32, el mismo carácter que está explícito en Éxodo 34:6, cuando el Señor se refiere a Sí mismo como «Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad».

Cuando analizamos los argumentos de Abraham, Moisés y David, vemos su deseo de glorificar a Dios y su compasión por los demás. Abraham se preocupa no solo por cómo será percibida la justicia de Dios, sino también por lo que les sucederá a los cientos de miles de personas en la ciudad de Sodoma. Moisés se preocupa por la reputación de Dios entre los egipcios, pero también desea ver muchas vidas salvadas entre su propio pueblo. Y David se interesa no solo en la gloria de Dios, sino también en que otras personas vean esa gloria. Entonces podemos concluir que no es suficiente presentar un argumento; debemos presentar un argumento *que tenga peso delante del Señor* porque va de acuerdo con Su carácter y Su voluntad revelada. Y cuando oramos de esta manera en forma continua, nos convertimos en aquello por lo que oramos.

¿Será posible que una de las razones por las cuales muchas de nuestras iglesias y muchos de nosotros nos

hemos vuelto mucho más centrados en nosotros mismos sea porque nuestras oraciones se han hecho mucho más centradas en nosotros mismos y en las circunstancias de nuestras propias vidas y nuestros propios ministerios? Orar conforme al carácter y voluntad de Dios produce cristianos que están más sintonizados con Su carácter y voluntad en todas las áreas de sus vidas. La oración del reino en verdad produce cristianos del reino. Esa es una razón por la cual debemos orar y una razón por la cual debemos presentar un argumento que tenga peso delante de Dios cuando los presentemos.

Las peticiones y la adoración van de la mano

La adoración es una parte importante de la oración. Hasta me atrevo a decir que es la parte *más* importante. Puesto que todas las oraciones se dirigen a Dios, correctamente toman en cuenta a quién le estamos orando y lo que Él merece. Por eso, cuando Jesús les enseña a Sus discípulos a orar, Él comienza con alabanza y adoración (vea Lc 11:2). Y no podemos avanzar mucho en los salmos sin observar el mismo énfasis abrumador. Este énfasis en la adoración, sin embargo, ¿contradice nuestra definición de la oración como súplica?

Yo reconozco que algunos lectores podrían escucharme decir: «súplica» cuando defino la oración como «ruego». Pero, si recuerdas, esa no es la forma en que

estoy usando la palabra. Cuando me refiero a la oración como ruego, simplemente me estoy refiriendo al hecho de derramar nuestros corazones delante de Dios (Sal 62:8). Visto de esta manera, el ruego forzosamente implica un trabajo del corazón y este trabajo es fundamental para elevar alabanzas al Señor. Dios no está buscando que le ofrezcamos alabanza y adoración con nuestros labios mientras nuestros corazones están apartados de Él (vea Is 29:13; Mt 15:8). Más bien, como hemos dicho, Él está buscando que derramemos nuestros corazones delante de Él. Podemos hacer esto en alabanza y adoración porque vemos que Dios es glorioso y anhelamos reconocerlo en Su presencia. Además, podemos pedirle al Señor que aumente nuestra consciencia de y nuestro amor por lo digno que es Él de adoración y pedirle que derrame Su Espíritu sobre las naciones para que muchos reconozcan al único que es digno de alabanza y adoración. Esto en sí mismo le trae gloria a Dios.

También recuerde que el ruego debe presentar un argumento consistente con el carácter y la voluntad de Dios. Si presentamos esta clase de argumento, podemos ver la conexión que enseñan las Escrituras entre rogar y adorar. Adoramos al Señor por quién es Él y por lo que ha hecho, y usamos eso como base para pedirle que nos ayude en nuestras circunstancias actuales. Así es como ora Salomón en 1 Reyes 8 (vea vv. 15, 23-30, 56-59). También es el patrón de la oración de Josafat en 2 Crónicas 20, y es como ora David en Salmo 9.

¿Qué hay de la confesión y la acción de gracias?

Cuando definimos la oración como súplica o como derramar nuestros corazones, podemos ver con más facilidad que la confesión y la acción de gracias —así como la alabanza y la adoración— no están diseñadas para ser esfuerzos clínicamente separados en los cuales uno participa de forma repetitiva y mecánica. Dios quiere la confesión que proviene de corazones profundamente arrepentidos por nuestros pecados y sus impactos en nuestras vidas y las vidas de las personas que nos rodean. Esa es sin duda la idea del Salmo 51, donde David derrama su corazón delante de Dios en confesión de pecado. Desde el principio de ese gran salmo, David le suplica a Dios —«Ten piedad de mí, oh Dios»— y muestra un «corazón contrito y humillado» (v. 17) en el lenguaje que usa a lo largo del salmo entero.

Porque yo reconozco mis transgresiones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra Ti, contra Ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de Tus ojos,
De manera que eres justo cuando hablas,
Y sin reproche cuando juzgas (vv. 3-4).

No me eches de Tu presencia,
Y no quites de mí Tu Santo Espíritu.

Restitúyeme el gozo de Tu salvación,
Y sostenme con un espíritu de poder (vv. 11-12).

Líbrame de delitos de sangre, oh Dios, Dios de
mi salvación (v. 14).

Al corazón contrito y humillado, oh Dios, no
despreciarás (v. 17).

Tal lenguaje destila profunda emoción. Es difícil imaginar a David orando estas palabras con la más mínima cantidad de indiferencia o desinterés mecánico.

De la misma manera, la acción de gracias involucra algo más que solo murmurar la palabra «gracias». Se derrama de un corazón que está lleno de gozo y gratitud por lo que el Señor ha hecho. Tal vez no siempre se manifieste como en el caso del leproso que regresó a Jesús para mostrarle su aprecio por haber sido sanado: él «se volvió glorificando a Dios en alta voz. Cayó sobre su rostro a los pies de Jesús, y le dio gracias» (Lc 17:15-16). Pero siempre significará derramar nuestros corazones delante del Señor.

En segundo lugar, definir la oración como súplica o un derramamiento del corazón nos ayuda a ver que nuestra confesión y acción de gracias deben ser específicas. En vez de confesarle al Señor nuestros pecados en forma muy general, tomamos los detalles de nuestras transgresiones, los ponemos delante de Él y le suplicamos que

nos perdone gracias a quién es y lo que ha hecho. Cuanto más general sea nuestra confesión, es menos probable que provenga del corazón. Cuando confesamos nuestro pecado en detalle, podemos sentir el peso de nuestra culpa y la gloria correspondiente de nuestro perdón en Cristo Jesús. Y cuando expresamos nuestra gratitud detalladamente, demostramos una profundidad en nuestra gratitud que no puede ser representada del todo con la palabra *gracias*.

No darle descanso a Dios

La oración que derrama el corazón delante de Dios no solo es persuasiva, sino también persistente. ¿Qué mensaje nos transmitiría si el hombre de Lucas 11 le pidiera comida a su vecino y de inmediato volviera a casa después del rechazo inicial del vecino (vea v. 7)? ¿No nos diría que el hombre en realidad no necesitaba la comida después de todo? Si hubiera necesitado genuinamente la comida, ¿no hubiera seguido tocando y pidiendo hasta recibirla, sin importar cuánto tardara?

Jesús dice que debemos pedir, buscar y llamar cuando oramos (Lc 11:9-10), y Él no quiere decir que debemos hacer cada una de estas tres cosas solo una vez. Él utiliza el tiempo presente imperativo cada vez, lo cual, en griego, denota una acción continua. Esto significa que Jesús nos está diciendo no que pidamos, busquemos y llamemos

solo una vez, sino continuamente. Él está diciendo: «Pidan y sigan pidiendo», «Busquen y sigan buscando» y «Llamen y sigan llamando». Él quiere que persistamos en la oración. Como Jacob, debemos aferrarnos y no soltarnos hasta que, y a menos que, el Señor nos bendiga (vea Gn 32:26). Debemos no darle «descanso hasta que [Dios] la restablezca, Hasta que haga de Jerusalén una alabanza en la tierra» (Is 62:7).

Atando todos los cabos

Saber que la oración es suplicar, o derramar nuestros corazones delante de Dios, nos ayuda a ver por qué debemos prestarle tiempo y atención. La oración es el pegamento de la relación. Cuando oramos, experimentamos una intimidad verdadera con el Señor y fortalecemos nuestra relación con Él. La oración presupone que tenemos necesidades genuinas en nuestros corazones y que en verdad necesitamos la ayuda del Señor. La oración nos invita a dar un paso de fe y tomar riesgos por el Señor, lo cual nos obliga a hacer oraciones más osadas y a ser más dependientes de Él en oración. A medida que vemos a Dios obrando en y a través de nosotros y proveyéndonos todo, nos sentimos animados y motivados a andar por fe otra vez. La oración nos alinea más con el carácter y la voluntad de Dios y nos llama a no concederle «descanso» hasta que nos escuche desde el cielo y nos responda.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué es la oración? ¿En qué difiere la definición de oración presentada en este capítulo con lo que has aprendido o escuchado en el pasado?
2. ¿Cómo afecta la definición que tienes de la oración a la forma en la que oras?
3. ¿Cómo es la oración el «pegamento de la relación»? ¿Te parece útil este concepto en tu propia experiencia cristiana? ¿Por qué sí, o por qué no?
4. ¿Cuáles son algunas formas de preparar su corazón para la oración? ¿Cómo podría cambiar la preparación su vida de oración?
5. ¿Alguna vez le ha «presentado un argumento» a Dios en oración? ¿Cuáles son las ventajas de hacerlo? ¿Con qué debe tener cuidado al hacerlo?
6. ¿Cómo se relaciona la persistencia en la oración con considerarla como el derramamiento de nuestros corazones? ¿Por qué es esta conexión significativa en la práctica?